

## LAS FIESTAS PATRIAS

«Después de treinta y cinco años de paz y progreso traídos al Pueblo de Costa Verde por la Gloriosa Revolución que un día lideró el Primer Presidente Revolucionario, Excelentísimo Señor Julio César Azcárrate Córdova, nuestro antecesor en el cargo al mismo tiempo que excelso progenitor, es nuestro expreso deseo honrar la memoria del que fuera Primer Patriota y Salvador de la Nación Costaverdina.

Teniendo en consideración que fue en Valcaliente de la Santísima Trinidad donde vino a nacer, cúmplenos disponer que el Día de Fiestas Patrias, aniversario de la Victoria de los Gloriosos Ejércitos de la Revolución sobre las Fuerzas de la Traición, se celebren este año, por una sola vez y sin que sirva de precedente, en la citada villa de Valcaliente de la Santísima Trinidad.

Lo que ponemos en su conocimiento para que, en unión de todas las demás Autoridades de la Municipalidad y bajo la expresa dirección de un Delegado Especial del Gobierno que hará su presentación en ésa oportunamente, prevenga todo lo necesario para la adecuada organización y posterior desarrollo de las dichas Fiestas Patrias, que habrán de discurrir con el esplendor, boato y magnificencia que tan elevada ocasión requiere.

Firmado: El Presidente de la República

— César Augusto Azcárrate y Sousa —

Cúmplase lo que Su Excelencia ordena

El Ministro de Interior y Gobernación y Jefe Supremo de la Guardia Nacional

— Coronel Walter Menargues —».

Este explícito y concreto comunicado fue recibido, al mismo tiempo, en la Municipalidad, en la Jefatura de Política Provincial, en el Juzgado y en el Cuartel de la Guardia Rural de Valcaliente y supuso un bombazo inesperado en la, de por sí, tranquila y apacible vida del pueblo. A partir de aquel instante, todo se convirtió en ebullición y en carrera; un loco e imparable afanarse por la adecuada preparación de las fiestas; un desgranar actividades sin fin para ver de ganarle la partida al decurso inexorable del tiempo. Toda la población activa, y alguno de los pasivos, tomó parte con ahínco en la

tarea, de grado o por fuerza, cordialmente o lanzando improperios; aunque esto último, eso sí, por lo bajo.

Aquellos que ostentaban o detentaban algún cuidado: el Alcalde, a la cabeza; el Juez Comarcal; el Jefe Político; los Corregidores de Barrio; los Guardias Rurales; el mismo párroco, nombrado por la primera autoridad municipal encargado y máximo responsable de los asuntos culturales sin que por ello hubiera de descuidar las funciones que le correspondían como mentor espiritual de la villa y pastor de almas, «ya sabe usted, señor Arcipreste, que le consideramos más preparado, para este tipo de cosas, que al Maestro, dicho sea sin desmerecerle en nada; a él le asignaremos la misión de preparar un espectáculo folclórico-gimnástico a cargo de los muchachos que le toca desasnar a diario»; el citado Maestro, picado y mohíno porque el Alcalde hubiera conferido al cura cargo y encargo que, por derecho, le correspondían; el Delegado Especial del Gobierno, que hizo su presentación dos días más tarde, con su cortejo de ayudantes, que alguno más de los necesarios se trajo (piénsese, si no, en la señorita Eulalia Hermosilla, cabeza de tucán con cerebro de mosquito y cuerpo de cariátide, en quien delegó el cuidado del ornato y embellecimiento exterior del pueblo, al menos oficialmente, ya que, al parecer y decir de doña Emerinda Ponzales, en cuyo hotel se habría de alojar toda la comisión capitalina, su ocupación era muy otra...); todos, absolutamente todos los que eran, o se creían, capaces de mandar o, al menos, insinuar, proponer o sugerir algo en Valcaliente, estudiaron los problemas y dificultades que presentaba la celebración de las Fiestas Patrias, descendiendo hasta el más mínimo de los detalles por nimio que pareciera y repartieron tajo y faena entre todos y cada uno de los, hasta entonces, reposados vecinos del pueblo.

Valcaliente de la Santísima Trinidad fue, durante algo más de un mes, una gigantesca colmena atareada y febril. Se reparó la torre de la Iglesia, que hacía lustros que amenazaba con derrumbarse. Se consiguió que el viejo reloj de la fachada del Ayuntamiento (descansaba olvidado en algún desván, cubierto por la inapelable tegeraria surgida de la muerte de las horas desde que la explosión de una granada, nunca se supo si fue granada propia o desafecta, lo hiciera saltar por los aires, precisamente el mismo día en que triunfaba la Gloriosa Revolución del Presidente Julio César) fuese convenientemente reparado y recobrar su sitio. De rebote, también se logró que el famoso y un tanto vejatorio dicho que circulaba por las aldeas de la provincia y que

aseveraba que «los de Valcaliente no tienen reló» (contestado de inmediato y en tono fiero por los naturales con un rotundo «pero tienen péndulos») fuera, poco a poco, perdiendo vigencia y casi no se oyera más: hoy prácticamente desaparecido. Se gastaron cientos y cientos de metros de tela con los tres colores de la enseña nacional en la confección de banderolas y gallardetes. Se elevaron soberbios postes, que hubieron de ser pedidos prestados a la Consolidada de Electricidad, que los tenía dispuestos para el nuevo tendido entre Valcaliente y Chiripay, bajo promesa formal (tuvo que empeñar su palabra el señor cura ya que los del norte no se fiaban de ninguna otra persona en el pueblo) de que serían devueltos tan pronto concluyeran las fiestas, y de donde, en su día, penderían las banderas y los estandartes, todo a lo largo de lo que habría de ser el recorrido de la Comitiva Presidencial.

En la Plaza del Presidente Julio César Azcárrate, un simple rectángulo adoquinado denominado antes Plaza Mayor, que lucía, orgullosa, en su centro, los restos decrepitos de lo que debió ser una fuente (acaso nunca fue más que un proyecto, pues ni los más ancianos la recordaban manando agua), se elevó un estrado a modo de tribuna, mezcla de maderas, ladrillaje y mampostería (aprovechando precisamente la fuente, o lo que aquello fuera, como piedra sillar de la obra), justo enfrente del reloj municipal recién reparado y desde la cual habría de pronunciar el señor Presidente una alocución a todo el pueblo e invitados. Se adornaron los escasos balcones que existían en la Avenida del Norte y en la Plaza (la mayoría eran casas bajas, de un solo piso) con la bandera nacional y unos singulares y venerables reposteros, surgidos de la obscura profundidad de baúles antañones en cuyo seno llevarían olvidados, tal vez, largos decenios; hubo, tiempo después, quien aseguró que, la tarde en que los desplegaron, la bandada de polillas rojas que abandonó uno de ellos, nada más emerger de la negrura del arcón en que reposaba, casi le borra de un golpe la luz al sol.

Se instalaron un par de reclinitorios (uno de ellos, protegido por un artístico palio que nunca supo nadie de donde había sacado el párroco), forrados de ajado y descolorido terciopelo rojo, al lado derecho del altar mayor (y menor, que no hay otro) de la Iglesia. Al tiempo, se mandaron barnizar los dieciséis bancos corridos de madera añosa de que dispone el templo, para mejor y más adecuado acomodo de los acompañantes del Sr. Presidente. Se proveyó de alojamiento a los suboficiales y oficiales de la Guardia Nacional y del refuerzo de la Guardia Rural que habían de dar escolta y

servicio de seguridad al Presidente y su cortejo a lo largo de toda la festiva jornada, así como a los miembros de la banda de música que animaría con sus soplidos el paso de las horas, en las viviendas de los notables de la villa que se prestaron voluntarios (tras recibir un atento y conminatorio comunicado del Alcalde) a colaborar de esta manera con la comunidad en el engrandecimiento de las fiestas. Se acondicionaron unas antiguas caballerizas, lo mejor que se pudo, para servir de cobijo a las tropas de la Guardia Nacional, ya que los Rurales se albergarían en su propio cuartel. En el algo pomposamente llamado campo de deportes (seco erial que no servía más que para que algunos ganapanes desocupados se dedicaran a correr como locos tras una pelota, de trapo las más de las veces) se instaló un pequeño palco; se utilizaron, para lograr que las autoridades estuvieran ligeramente por encima de la mayoría de los mortales, los entarimados que existían en las tres aulas de la escuela, debidamente alineadas una junto a otra. Y, hasta en un supremo esfuerzo (los presupuestos, tanto los municipales como los extraordinarios que se arbitraron para la ocasión y fueron enviados desde La Capital, no eran excesivamente largos, más bien y según cómo se mire, casi ni eran), se consiguió asfaltar una calle por la que ineludiblemente había de pasar la comitiva, desde la casa del Ayuntamiento hasta el cine local, transformado para la ocasión, gracias al celo y buena disposición del cura párroco (nombrado experto y encargado del área de lo cultural, ya se ha dicho), en Teatro Municipal Julio César Azcárrate. Este rubro campeaba en la fachada del edificio en grandes letras doradas, diseñadas y realizadas por Tobías Cué, viejo cetrino e irónico (eterna sonrisa congelada en el rostro y en cuya comisura izquierda campeaba permanente y apagada la colilla de un cigarro), compañero de naipes del reverendo cura y pintor de chapas de autos en La Capital, allá en sus años mozos.

La semana anterior a la fecha de tan señalado evento se requisaron (eso sí, con la firma del Juez Comarcal), en tres de los bares de la localidad, en el Hotel (desvencijada casa de huéspedes que no hizo otra cosa que trocar su nombre por el más significativo y aparente de Hotel cuando llegaron los gringos a montar la Fábrica de Jugos de Frutas y lo de la electricidad) y en el Café Central, hasta seis arcones frigoríficos, artefactos que se habían puesto de moda y que proporcionaba la misma Consolidada de Electricidad a módico precio, destinados a mantener en su adecuada temperatura las viandas que habrían de ser ofrecidas, al natural o previamente condimentadas y horneadas, a las Autoridades Nacionales por las Locales en un almuerzo que se celebraría en el

Ayuntamiento. Y, por fortuna, la misma víspera de las fiestas, Celso Bullón, calvo, gordo, sudoroso, picado de viruelas y conductor de los autos de línea La Sureña (propiedad de un consorcio en que participaban a partes iguales el Alcalde, el Juez Comarcal y un abogado de La Capital) consiguió traer de la ciudad sede del gobierno un puñado de programas de mano, tan sólo unos cuarenta o poco más, que encontró en las oficinas de la empresa de transportes perfectamente empaquetados y rotulados para su traslado a La Ensenada, ciudad distante unos cuatrocientos Kilómetros de Valcaliente y dirigidos a la Comisión de Fiestas de aquel pueblo. Una extraña intuición permitió a Celso Bullón adivinar que el contenido de aquel paquete no era otra cosa que los programas que informaban sobre los actos que se habrían de desarrollar en Valcaliente de la Santísima Trinidad con motivo de las Fiestas Patrias (a tal efecto, se habían mandado imprimir y, por motivos aún hoy desconocidos, jamás llegaron, excepción hecha del mentado paquete, a manos de los que, al menos teóricamente, eran responsables del buen orden y ejecución de las conmemoraciones). Fortuna fue que el chofer de La Sureña consiguiera hacerse con aquellos ejemplares, pues, de alguna forma, proporcionaron a los que habían preparado los festejos, una idea más bien exacta, aunque ya casi tardía, de lo que se esperaba de ellos.

En una palabra, se trabajó con ahínco y sin descanso en aquel pueblo durante un mes largo a fin de conseguir que, en lo que de Valcaliente de la Santísima Trinidad y de sus probos vecinos dependiera, las Fiestas Patrias no dejaran de presentar el esplendor, el boato y la magnificencia que la ocasión requería y a que hacía referencia el escrito recibido treinta y tantos días antes.

Por fin llegó la gran jornada. La mañana apareció radiante. La luz había quebrado con insistencia la incierta bruma del alba y se había hecho dueña indiscutible del ambiente. No era difícil suponer que hacia el mediodía, como de costumbre, el sol calentaría de lo lindo (fácil, treinta y cinco grados a la sombra), lo que prestaría una luminosidad sin par y una gloriosa claridad a los fastos, amén de algún que otro sofocón al personal. Con la mañana, amanecieron también las fuerzas vivas de la villa que acompañaron al día en su madrugar. La Municipalidad en pleno con el Alcalde a la cabeza, el Jefe Político, los Corregidores de Barrio, el Juez Comarcal, el mismísimo padre Collazos, don Venancio (en su doble función de guía espiritual y encargado de los negocios culturales), a los que se sumaron el sargento y los dos caporales de la Guardia

Rural de guarnición en Valcaliente (como representantes legales de la Secretaría de Interior y Orden Público); el Maestro, molesto y cabizbajo por haberle sido arrebatado, precisamente por el representante de las fuerzas reaccionarias y clericales, su cargo de garante de lo erudito e ilustrado, no apareció hasta las ocho de la mañana, coincidiendo con la banda de música y, motivo de suspicacias, con la señorita Eulalia Hermosilla, secretaria del Delegado Especial del Gobierno. Suspicias orientadas a ciertas connivencias erótico-sentimentales entre ambos que, por desgracia, no tardaron en llegar a oídos del Delegado, ausente en aquellos momentos, y que originaron lo que originaron. Todos, todos se reunieron, nerviosos y preocupados, en la madrugada de aquel sonado día para dar los últimos retoques a las diferentes quisicosas que aún no estaban definitivamente resueltas y ultimar los más ínfimos detalles antes de la llegada del Sr. Presidente.

El Delegado Especial del Gobierno, que tanto ayudó e incordió en la composición de lo que sería el programa de actos a celebrar (siguiendo indudablemente dictados de La Capital), había abandonado el pueblo dos días antes a fin de integrarse en la Comitiva Presidencial y poner a Su Excelencia en antecedentes de cuanto se había dispuesto para la celebración de las fiestas. Tal ausencia propició el acercamiento del maestro a la señorita Eulalia y, al parecer, la aceptación sin renuencias por parte de ésta; indudablemente, el maestro, relativamente joven, apuesto y troskista, le llevaba ventaja, en muchos aspectos, al Delegado Especial, entrado en años y en kilos y, por supuesto, absolutamente afecto al régimen.

El reloj de la Casa Consistorial, ausente en su orgullo, da las horas con exactitud, como corresponde a cualquier reloj debidamente reparado. El cemento de la tribuna montada sobre el proyecto de fuente ha fraguado y no hay que temer ningún desdichado accidente. La vieja máquina de alquitranar y los barriles de chapapote han sido retirados de la Correría Sur y descansan lejos, casi en el campo. Todas las piedras de diámetro superior a dos centímetros han sido recogidas del Campo de Deportes Municipal y las vestimentas de los colegiales que han de participar en la exhibición gimnástica están adecuadamente planchadas y ordenadas. Valeriano Cachaza, el carnicero, auxiliado por tres pinches, prepara las carnes en la cocina del Alcalde. Una legión de mujeres, bajo la experta y exigente batuta de la Alcaldesa, se afana en preparar las viandas, los manteles, los cubiertos. Todos los Guardias Rurales, convenientemente pertrechados, ocupan sus

puestos en el trayecto que habrá de recorrer la comitiva. Los Nacionales, encargados específicamente de la seguridad y vigilancia, patrullan las calles en grupos de tres. Ñá Nicasia, una viejecita arrugada y cascarrabias, que había sustituido hacía meses a doña Ágata (fulminada en dos semanas escasas por una extraña enfermedad, algo vírico al decir de los galenos, ganas de no vivir según sus convecinos y conocidos) en los quehaceres de ama de llaves de la Casa Rectoral, ha terminado de recomponer, con paciencia y mimo, los deteriorados bordados de los sagrados ornamentos. La alfombra, púrpura vieja ajada por los años, está extendida en el pasillo de la Iglesia visiblemente adecentada. Las banderolas y gallardetes flamean suavemente mecidos por la brisa en lo alto de los postes de la Consolidada de Electricidad. Los componentes de la Banda de Música (llegados hace escasamente media hora a bordo de dos autobuses, decorados con los mismos colores que los hombres lucen en sus uniformes, fletados y pintados al efecto) deambulan aburridos por la Plaza en espera del momento prefijado para su actuación...

En fin, es hora de ir a trajearse adecuada, fina y decorosamente para recibir al Señor Presidente y celebrar las Fiestas Patrias.